

EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educación, Música, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instrucción: por don A. Pirala.—Romance, por don José María de Larrea.—Historia: Juana Grey (continuación).—Anécdota del tiempo de Luis XIV, por doña Eloisa Gattebled de Santa Coloma.—Arria, por don Carlos Frontaura.—Modas.—Labores.

INSTRUCCION.

Sobre la mujer.

La mujer es uno de los asuntos mas inagotables de que puede tratarse; y sin embargo, ¡cuán pocas obras hay en España que se ocupen de ella!

Parece increíble que en esta nación donde se ha hecho alarde ostentoso de galantería, donde se ha llevado á tan alto punto la deferencia, el respeto, el amor á la mujer; donde se ha ostentado en el escudo, por divisa, junto al nombre de Dios el de la *Dama*, y donde hasta se cree por muchos que Córtes de amor se han celebrado, apenas se ocupará la pluma de nuestros escritores en tratar sobre la mujer. Unicamente en el teatro, porque eran imprescindibles, se les hacia figurar; pero no de un modo digno y generoso la mayor parte de las veces, y aun autores hubo, y de fama, que compusieron comedias en las que no figuraba ninguna mujer.

No tenían éstas mucho que agradecer á la manera con que se las presentaba al público, por mas que se retratáran fielmente las costumbres de la época. Pero aun siendo ellas así, deber del escritor era corregirlas, y aunque

procuraban muchos hacerlo en el teatro, no era el mejor medio en tiempos en que no era el sitio adonde mas asistían las jóvenes.

La escuela debia estar en esos libros de enseñanza perenne, y antes que en ellos, en variar los absurdos y nefandos sistemas de instrucción; en esos sistemas que hemos conocido en algunas partes, á pesar de nuestros pocos años, en esos sistemas que tenían por pernicioso el que la mujer supiera escribir!!!

Grandes pasos se han dado en nuestros dias en pró de la mujer; ya contamos alguno que otro libro que les está dedicado exclusivamente; pero ¡cuán pocos son, y cuán ligeros! En cambio registremos los anales literarios de Francia, de Inglaterra y de Alemania, y veremos multitud de obras concienzudas, sin otro objeto que ocuparse de la mujer, darla á conocer bajo todos sus aspectos, en todas sus posiciones, y procurar corregir hasta sus mas mínimos defectos.

Nada se ha escaseado para su instrucción, y aun así, cada dia ven la luz pública nuevos y preciosos libros, que son un verdadero tesoro para la mujer y para la sociedad. Se han publicado especiales y lindas bibliotecas, se han llegado á reunir los tipos de mujer, que han formado en sus obras los mas célebres es-

critores, y se han recopilado los pensamientos que sobre ella han emitido. ¿Qué mas hacer?

Si como se ha dicho muy bien, la mujer que en otro tiempo se ostentaba rara vez, hoy está casi siempre en evidencia, necesita imperiosamente conocerse y ser conocida, y de aquí la utilidad de destruir esas falsas ideas, esas injustas preocupaciones, no de la sociedad, sino de algunos, con respecto á la mujer.

Tanto yerra el que todo lo concede, como el que todo lo niega, y en este pernicioso extremo se cae generalmente juzgando á la mujer. Nosotros, que ni la negamos su mérito, ni la ocultamos sus defectos, procuramos corregir estos á la vez que encarecemos aquel, y con este propósito presentaremos algunos de los mas notables pensamientos de Balzac, ese popular fisiologista que ha mostrado conocer bien el corazon humano.

A. Pirala.

LITERATURA.

ROMANCE.

Cese ya, luz de mis ojos,
ese tu fiero rigor:
harto castigado está
sin verte mi corazon!

Tú eres para mí; alma mia!
como el rocío á la flor,
como la sávia á las plantas,
como al alba el arrébol,
como el sol al firmamento,
como á la llama el calor,
como el espíritu al hombre,
como al universo, Dios!

¿Ves cómo brilla radiante
la luz del fulgente sol?

Pues en la luz de tus ojos
encuentro mas brillo yo.

¿Oyes la música grata
del viento murmurador?

Pues aun mas grata armonia
encuentro en tu dulce voz.

¿No ves cuánto es la onda pura

precisa al pez nadador,
cuán necesario el espacio
es al pájaro veloz,
y cuál lo son á la vida
la luz, el aire, el calor?
Pues aun es á mi existencia
mas necesario tu amor!...

Si del enojo pasado
que nuestra dicha turbó
temes que siempre el recuerdo
se conserve entre los dos,
desecha, luz de mi vida,
de tu pecho ese temor,
que mas se aprecia la dicha
que perdida se miró.
¿No viste brillar el iris
de negra tormenta en pos,
y cuán bello entre las nubes
parece un rayo del sol?
Cese ya, Zaida del alma,
ese tu fiero rigor:
harto castigado está
sin verte mi corazon!

Al pié del balcon de Zaida
esto decia Almanzor;
mas fué dar quehacer al viento
que sus palabras llevó.

No se abre ventana alguna
para otorgarle un favor,
que ofendida á Zaida tienen
celos que el moro la dió.

Y como él no oye ni vé,
por mas que esfuerza la voz,
ni ruido en la celosia,
ni luz en el mirador,
tuerce al caballo la rienda,
y, oprimido el corazon,
aléjase de Granada
envuelto en el albornoz.

JOSÉ MARÍA DE LARREA.

HISTORIA.

JUANA GREY.—(Continuacion.)

Despues de darse cuenta á la Asamblea de las alarmantes noticias recibidas, abrióse la discusion acerca de las medidas que se debian adoptar. Los pareceres no podian estar mas desacordes: se conocia en todos el desaliento general. Nortumber-

land con su insolente altanería acabó de exasperar la cuestión, respondiendo al embajador español en términos ofensivos. Contestóle aquel con igual arrogancia.

Irritado el duque desenvainó su espada y se dirigió hacia él con ánimo de herirle.

La reina, bajando precipitadamente de su trono, se interpuso entre los dos adversarios, pálida, pero serena.

—Duque, ¿sabeis delante de quién estais? dijo dirigiéndose severamente á Nortumberland.

—Sé, respondió con insolencia, que estoy delante de la que me lo debe todo; y á la cual podría destronar mañana!

Todos los lores, impulsados por un mismo sentimiento, llevaron la mano á sus espadas.

—Señora, repuso entonces el embajador español, inclinándose con galantería delante de la reina, lo que acaba de decir el duque revela suficientemente lo que podeis esperar de él.

—Salid de aquí, milord, dijo la reina friamente á Nortumberland.

—Y si no obedezco? contestó el audaz ministro con desden.

—Me obligareis á emplear mi autoridad para enseñaros vuestro deber, dijo la reina temblando de despecho, y os atendreis á las consecuencias.

—¿Y cuáles serian? añadió el imprudente Nortumberland.

—La entrega de vuestra espada, contestaron los lores.

—Y la prision del duque de Sommerset, añadió el embajador.

El duque se puso pálido. El recuerdo de aquella víctima de su ambicion, evocada en tales momentos, le pareció una amenaza del destino.

—Señores, dijo la Reina con amargo acento, hemos venido aquí á tratar de los medios de prevenir una guerra civil, y solo pensais en vuestras cuestiones personales!! Acallad, por un momento vuestro amor propio y vuestra susceptibilidad, y sabed anteponer el bien general á vuestros intereses particulares!

Despues de acalorados debates se decidió que saliese un ejército mandado por Nortumberland, para impedir que María con el suyo se aproximase á Londres. La sesion se levantó con muestras de mal reprimido disgusto en todos los circunstantes. Mejor que nunca comprendió entonces la Reina cuán falaces habian sido las demostraciones de adhesion recibidas anteriormente.

Dirigióse á su cámara profundamente afectada.

Dudley la esperaba de pié en la puerta. Un mismo sentimiento espontáneo, irresistible, les hizo arrojar uno en brazos de otro.

Dudley conmovido no podia ni hablar. Juana prorumpió en sollozos. Ante el peligro que les amenazaba olvidaron su pasado resentimiento, y Guilfort solo pensó en compartir la suerte de su esposa.

La misma tarde salió Nortumberland de Londres al frente de las tropas.

Dudley quedó al lado de la Reina. Ambicioso como su padre, y con menos talento que él, creyó que únicamente las medidas de rigor podian salvarles. A fuerza de ruegos y de reflexiones obtuvo de la Reina un *warrant* para proceder á la prision de los miembros del Consejo que se habian declarado desafectos á su persona. En su consecuencia fueron conducidos á la Torre, de la cual se evadieron la misma noche, por una salida que les fué indicada.

Cuando Juana supo que la batalla dada por Nortumberland se habia perdido, que sus tropas se rindieron sin combatir, y que su suegro fué bastante cobarde para arrojar al aire su toca de terciopelo, gritando: «Larga vida á la reina María!» no se sorprendió, no se la oyó lamentarse por la pérdida de una corona que no habia ambicionado, pero juzgó que el único partido que la restaba era hacer su abdicacion para evitar todo pretexto de resistencia. Su padre aprobó su idea, pero Dudley se opuso tenazmente.

—Habeis comprado á buen precio vuestra corona, y es preciso defenderla.

Juana cedió, pero sin conservar la mas leve esperanza.

Entretanto la reina María, avanzando rápidamente hacia la capital, debia llegar de un momento á otro.

—Ya veis, dijo entonces la princesa Juana á su padre y á su marido, que toda resistencia es inútil.

Los dos estaban convencidos de aquella triste verdad.

En su consecuencia, Juana mandó llamar á todas las autoridades, á todos los personajes de la corte, y á cuantos la habian dado mayores pruebas de adhesion.

Presentóse á ellos con el aire de sencilla dignidad que la era propio, y acompañada de Dudley y del duque de Suffolk. En vano trató el segundo de escitar en favor de su hija el interés de los circunstantes, recordándoles sus juramentos: un silencio glacial sucedió únicamente á sus palabras.

—Cómo! exclamó el duque indignado: ¿Abandonais cobardemente á vuestra Reina en los momentos de peligro, y aun no han pasado ocho dias desde que en este mismo lugar la ofrecisteis defenderla á costa de vuestras vidas?

—Milord, le contestaron: ¿A qué oponeros á la fuerza de hechos consumados ya? El pueblo y las tropas no reconocen por soberana mas que á la princesa María. En su nombre ofrecemos el perdon á los que alucinados por un momento han podido desconocer su legítima autoridad.

Juana bajó lentamente las gradas de su trono.

—Milores, dijo, pongo á Dios por testigo de no haber ambicionado nunca la corona que hoy abdicó en vuestras manos. Sed mas fieles á la reina María que lo habeis sido á mí!

Y ahora, repuso despues de un momento de silencio, ¿supongo que nada se opondrá á que me retire con mi marido á Sion-House? Allí espero vivir tranquilamente, y ójala nunca hubiera salido!

Es imposible, señora, contestó lord Pembroke, tratando inútilmente de dominar su emocion: tenemos orden de reteneros aquí hasta la llegada de la reina María.

—Al menos, repuso Juana vivamente, me permitireis permanecer junto á mi marido?

—Lord Pembroke bajó los ojos sin responder. Juana repitió su pregunta llena de ansiedad.

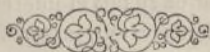
—Tampoco, señora, puedo complaceros en eso, la respondió tristemente: el Consejo ha decretado que lord Dudley sea conducido á diferente prision; pero en cuanto de mí dependa, señora, no carecereis de las consideraciones y respeto á que os hacen acreedora vuestro nacimiento y vuestras virtudes.

Juana ahogó un sollozo, y tendió sus dos manos á Duyled, que mudo de dolor y de desaliento, permanecia en pié delante de ella oyendo el diálogo que precede.

Los lores salieron uno á uno lentamente para no presenciar aquella escena desgarradora. El gobernador de la Torre y lord Pembroke se retiraron á un extremo del salon, para dejar á los dos jóvenes é infortunados esposos algunos momentos de expansion, antes de decirse un adiós, que podia ser el último.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.



ANÉCDOTA DEL TIEMPO DE LUIS XIV.

En la noche del lunes de Pascua de Resurreccion del año de 1714, habia gran besamanos en el Palacio de Versailles. El rey, que acababa de pasar una parte del invierno en Marly, en donde acostumbraba vivir como un simple particular, habia manifestado su deseo de ver toda su corte reunida aquella noche, y ya puede suponerse que ninguno de los cortesanos dejaria de hallarse presente. Un inmenso concurso llenaba los salones y aguardaba la llegada de S. M.; la reunion se componia la mayor parte de antiguos cortesanos, un tiempo compañeros de Vardes y Lauzun, y que ahora se habian consagrado á la devocion y serias ocupaciones. Señoras, cuyos atractivos habian desaparecido hacia mucho tiempo, se hallaban tambien presentes, y aquello parecia enteramente el reinado de la etiqueta y del fastidio.

Sin embargo, en medio de tantas caras arrugadas, séquito adecuado de un monarca anciano y de un favorito de setenta años, veíase en un rincon de una sala, y semejante á un rayo de sol, abriéndose paso por entre un cielo cargado de nubes, un grupo de jóvenes hermosas, cuyos semblantes expresaban la alegría y el buen humor.

La que por su hermosura atraia la atencion de todos era la joven duquesa de Saint-Cerest, viuda de veinte años, morena encantadora, de aire majestuoso, y que al reirse en aquel momento enseñaba la dentadura mas bonita del mundo. Una conversacion animada la ocupaba á sí como á sus jóvenes compañeras, que como ella, eran casi todas damas de la duquesa de Borgoña. ¿De qué estarian hablando?

Al hacer la Duquesa un movimiento, descubrióse á su lado una cara, cuyos lindos ojos azules y hermoso pelo rizado, unidos á cierto aire de familia y á las miradas cariñosas que se dirigian, hubieran persuadido á un extraño que veia á una hermana menor de la Duquesa. Sin embargo no era tal, y no tardó en descubrirse quién era, por la llegada de un paje que apresurado y sin aliento exclamó: «Señor marqués de Boufflers, venid pronto; ¿en qué estais pensando? El Rey llega ya, y el señor marqués, vuestro padre, os busca por todas partes para presentaros á S. M.

El grupo se separó para abrir paso á un joven de unos quince años, vestido con la mayor elegancia, y que se esforzó cuanto pudo para ocultar bajo

un aire marcial, la gracia infantil y casi femenina con que le había adornado la naturaleza; antes de seguir al paje saludó con galantería á las damas, y cogiendo la mano de la duquesa estampó en ella un estrepitoso beso, y la dijo:

—Querida y hermosa prima, os habeis divertido completamente esta noche á costa mia; pero os doy mi palabra de que pronto pienso probaros que soy un hombre.

Estas espresiones promovieron alguna risa, y un caballero de hermosa presencia, alto, de aire algo altanero, que podría tener unos treinta años, y se hallaba al lado de las damas, exclamó en voz bastante alta, para que pudiera oírsele en todo el salón:

—«Lindo mozalvete por cierto para darse aires de galanteador. Debieran volverle á mandar á su preceptor para que le diese unos cuantos azotes.»

El jóven Boufflers llegaba apenas á la puerta que daba en la galería, cuando al oír estas palabras, que habían escitado de nuevo la risa de los cortesanos, paróse, volvióse hácia ellos, y colocando sobre su cabeza su sombrero adornado de plumas, miróles con sangre fría y como provocándoles á desafío. Tenía puesta la mano sobre la guarnición de su inofensiva espada de corte, cuando la voz del ughier anunció la entrada del Rey. Un silencio repentino se efectuó en toda la reunión, sin exceptuar á las jóvenes, y en pocos momentos todos se habían colocado en hileras en los sitios laterales del salón.—Todos menos el jóven Boufflers, á quien la cólera había impedido fijase su atención en lo que estaba pasando, y permanecía solo en medio del recinto vacío, en su actitud amenazadora, con el sombrero puesto, é indiferente á cuantas señales le hacían para que se descubriese.

El Rey le observó y frunció las cejas; una tempestad iba sin duda á estallar. Dirigióse S. M. al momento hácia el jóven y le dijo con tono severo: «¿Qué significa esto? quién sois? qué haceis aquí? Quitáos el sombrero, caballero, quitáos el sombrero.»

El muchacho, que por primera vez se veía en presencia de aquel monarca que inspiraba temor á sus mismos parientes, no pudo al principio vencerse y ocultar su sobresalto. Sonrojóse, y obedeciendo al real mandato, tartamudeó algunas palabras confusas, y miró en derredor suyo en busca de algun apoyo. Pero ninguno parecía estar dispuesto á arrostrar el descontento real, confesando que conocía al delincuente, y si hubiesen podido manifestar sus ideas, hubieran dicho únicamente

que ese jóven había destruido para siempre su fortuna, al menos durante la vida del Rey.

En aquel momento el mariscal Boufflers, que había estado aguardando á su hijo, al oír lo que estaba pasando, se abrió paso entre la multitud, y llegándose al Rey le dijo:—«Oh! señor! os suplico perdoneis á mi hijo. Aun está en el colegio de los reverendos padres jesuitas, en donde no ha podido aprender los usos de la corte. Confiado en vuestra bondad, esperaba presentárosle hoy. Perdonadle, señor, os ruego que le perdoneis.»

—«Ah! con qué es vuestro hijo? contestó el Rey con mas afabilidad. Bien, señor mariscal; mas yo suplicaré al padre Le-Tellier, que reconvinga en mi nombre á esos reverendos señores, por no enseñar mejores modales á sus discípulos.»

Examinando entonces al jóven Boufflers, añadió: «¿Sabeis señor mariscal que vuestro hijo tiene cierta cosa en el semblante que me recuerda á Lauzun? me parece verle ahora tal como era cuando me fué presentado por primera vez, hará unos cincuenta años.»

—«Ah! señor, exclamó el jóven con vivacidad, si en algo me parezco al señor de Lauzun es en el mucho afecto que profesaba á V. M.»

Esta contestacion agradó al Rey, que ya había olvidado su mal humor.

—«Tan jóven y ya adulador, dijo dándole una palmadita en la cara; vamos, voy viendo que los reverendos padres no han descuidado su educación tanto como me había figurado. Hijo mio, continuó, no necesitais buscar ejemplos brillantes fuera de vuestra familia, y estoy seguro de que los seguiréis. Espero que á vuestro padre y á mí nos quedan aun bastantes años de vida para veros principiar vuestra gloriosa carrera. Vuestras hermosas fácciones denotan claramente que la sangre noble de los Grammonts corre por vuestras venas.»

Todas las miradas se dirigieron hácia la linda duquesa de Saint-Cerest, que también era una Grammont, y que sonrojándose de haber escitado la atención parecía todavía mas hermosa.

—«Pero, prosiguió el Rey, debéis también ser fiel y valiente. ¿Podeis responder por ambas cosas?»

—«Señor, replicó el jóven con firmeza, mi apellido es Boufflers.»

Esta contestacion hizo una viva impresion sobre todos los presentes. El anciano Boufflers bajó los ojos, pero era fácil conocer que su corazón rebosaba de orgullo paternal. Una lágrima corrió por su arrugada mejilla; el Rey permaneció un momento

silencioso y reflexivo; de repente alzó la voz y dijo:

—«Caballeros, hace tres años que el mariscal Boufflers defendió á Lille durante cuatro meses contra el príncipe Eugenio: dos años hace que salvó el ejército en Malplaquets. Por estos servicios le elevé á la dignidad de Duque y Par de Francia, y nombré gobernador general del departamento de Flandes. Es tiempo de que descanse, pues las armas no convienen ya á su edad ni á su nombre. Sé que entre vosotros hay muchos dignos de reemplazarle. Pero creo que hay nombres privilegiados, y confieso que tengo fé en el de Boufflers: por cuya razon nombro, como sucesor de su padre, al marqués de Boufflers, gobernador general de Flandes y particular de Lille.»

Estas palabras llenaron á todos de admiracion. Desde el principio del reinado de Luis XIV, no se habia dado ejemplar de semejante favor, pues este monarca no se habia apartado nunca del empeño que habia formado de no conceder jamás supervivencias.

El anciano mariscal se inclinó en silencio, no encontrando palabras para manifestar su reconocimiento por tan señalada distincion. El Rey le alargó la mano y le dijo:—«Nada de gracias, mariscal, me sirvo á mí mismo. Sabia muy bien al escoger á este jóven, que vos no le entregaríais el gobierno hasta que conocieseis que era capaz de reemplazaros. En seguida besó al jóven Boufflers en la frente, y siguió paseándose y hablando en voz baja con el mariscal, que desde el tiempo de la famosa campaña de Compiègne, en 1697, en donde habia tenido el honor de arruinarse para recibir la visita de la familia real, no habia disfrutado nunca de tanto favor. En cuanto á su hijo, era por supuesto objeto de la atencion de todos los cortesanos; los hombres le miraban con admiracion, y las damas le reservaban todos sus favores. Ya no era aquel niño que á la mañana siguiente debia ser reconvenido por los jesuitas. Era un jóven de brillante porvenir, altamente favorecido del Rey, y honrado con el ósculo real.

Debe decirse en honor de la verdad, que el mozalvete como se le habia llamado desdeñosamente, no pudo recibir tan distinguida prueba del régio favor sin algun sentimiento de orgullo, máxime en el momento en que le habian ridiculizado tan cruelmente, y la espresion desdeñosa y altiva de sus hermosos ojos manifestaba cuán grande era su triunfo.

(Se continuará.)

ELOISA GATTEBLED DE SANTA COLOMA.

ARRIA.

*Casta suo gladium cum traderet Arria Pæto
Quem de visceribus traxerat ipsa suis.
Si qua fides, vulnus, quod feci, non dolet inquit;
Sed quod tu facies, hoc mihi Pæto dolet.*

(Marcial.)

I.

Era el año 43 de Jesucristo.

Habia amanecido para Roma uno de esos dias que hacen época en la historia de las naciones, y cuyo recuerdo se trasmite de generacion en generacion.

El cielo de un color fatidicamente cobrizo, y los débiles rayos de un sol medio oculto por siniestras nubes, amenazaban lluvia y tempestad.—Sobre la ciudad eterna cernia sus negras alas el ángel del terror.

Veíase á los soldados armados, como en dias de combate, pasar severos y silenciosos, con espanto del pueblo, que no llegaba á esplicarse la causa de aquellos preparativos, pero que instintivamente comprendia que iba á presenciar algun terrible castigo, mas que justicia, venganza, dispuesto por el emperador Claudio.

En todos los semblantes veíase pintada la curiosidad, mezclada con cierto vago temor, que se tornó dolor profundo, esparcida que fué por la ciudad la noticia de qué la víctima ilustre que, con otras, iba á ser sacrificada era Cæcina Pæto, varon consular, muy estimado por su recto juicio, y por su carácter dulce y jovial para con los pobres, y modesto para con sus iguales.

El crimen de Pæto era su fidelidad á Camilo Eseriboniano, enemigo implacable de Claudio, contra quien últimamente habia conseguido sublevar la Iliria.—Vencida la rebellion, y muerto Camilo, aun no se vió satisfecha la venganza del Emperador romano, que hizo conducir á su presencia al desgraciado Pæto, desde la Esclavonia, donde se habia guarecido.

Fatalidad es por cierto, que se inclinen siempre al mal los que mas bien pueden hacer!

Pæto fué condenado á muerte.

II.

Tres horas faltaban para la ejecucion, y ya en los rostros, poco antes tristes y apenados, veíase retratarse la consoladora esperanza.—Decíase por

la ciudad que Claudio iba á perdonar á la ilustre víctima.

¿Quién habrá logrado enternecer el corazón de roca y torcer la voluntad de hierro del adusto soberano? preguntábanse unos á otros.—Una mujer! Una mujer, bella como la virtud, esposa dignísima del honrado Pæto. La noble, la hermosa, la esforzada Arria.

Arria adoraba en su esposo; separarse de él era la muerte para ella; su vida era la muerte con él.

Cuando en Esclavonia supo que Pæto iba á ser conducido á presencia del temido Claudio, ella pidió acompañarle, fundándose en que *no pudiendo negar á una persona de la categoría de Pæto (ya hemos dicho que era varón consular) un esclavo para servirle, ella quería encargarse de aquel cuidado* (1). Los sicarios del Emperador no quisieron acceder á esta súplica, y la valerosa Arria, sola, se arriesgó á atravesar los mares en un débil esquife, siguiendo la embarcación que llevaba hácia Roma la mitad de su alma.

Arria no quiso apartarse un momento de su idolatrado esposo, pero solo consiguió que se le permitiese pasar el día y la noche junto á la cerrada puerta de la prision. Allí permaneció hasta que un soldado se la acercó diciendo:

—Apártate, apártate de esa puerta, si no quieres ver morir á Pæto. El Emperador manda que muera, y que su cadáver sea llevado por la ciudad en una pica.—Aparta, mujer.—Si soy yo quien le ha de matar y te encuentro aquí, creo que desobedeceré al mismo Emperador.

Arria dirigió una mirada de gratitud al soldado, y sin decir palabra se alejó de aquel sitio.

Atropellando guardias, y sufriendo serena denuestos é injurias de la feroz soldadesca, llegó Arria á presencia del Emperador.

—Es cierto, le dijo, que has condenado á muerte á Cæcina Pæto?

—Sí, quién se atreve á preguntarlo? contestó con ceñudo rostro el feroz Claudio.

—Yo! yo que soy su esposa, y que quiero morir si él muere.—Él muere por ser fiel á la amistad de Camilo Escriboniano, tu enemigo; yo por serlo al amor de mi esposo, tu enemigo también.—Quieran los cielos que sobre tí y sobre tus hijos, y los hijos de tus hijos, caiga la sangre que vamos á derramar!

Y Arria gritaba á presencia del sorprendido Emperador. «Venid! vosotros los que servís al tirano! venid, cobardes, que solo ese nombre me-

receis! venid!—Muera Claudio! Muera vuestro señor!

Claudio temeroso de que el ejemplo de aquella mujer estimulase el valor de los descontentos, á quienes hasta entonces contuviera el sistema de terror á que habia recurrido para conservar su puesto, creyó calmarla diciendo:

—Perdono á Pæto.

El furor de Arria tornóse súbito dulzura y agradecimiento.—Aquellas palabras significaban para ella un mundo de esperanzas.—Otra vez iba á vivir dichosa al lado de Pæto, del único hombre á quien amaba.—Cayó de hinojos, y escaldando sus mejillas lágrimas de felicidad y gratitud, besaba el manto de púrpura del Emperador.

La belleza de Arria habia hecho, sin embargo, nacer en la mente de Claudio un deseo que, en su carácter duro y despótico, era ya una necesidad.

—Sé mia, añadió pasado un momento, sé mia, y despues Pæto y tú podreis vivir tranquilos.—Pæto, que es mi enemigo, tendrá honores y riquezas. Tú tendrás por esclavo á quien es señor de Roma.

La ira y la desesperación pintáronse en el rostro de Arria; un instante estuvo inmóvil mirando con profundo desprecio á quien ya consideraba su verdugo, y al fin salió altiva y resuelta, dejando lleno de asombro á Claudio, y diciendo á uno de los soldados:

—Dejadme! vuestro señor perdona á Pæto, con la condición de que yo sea suya. Voy á dar esta buena noticia á mi esposo.—Luego, traedme á presencia de vuestro señor!

III.

Arria entró en la prision de su esposo, y sacando de entre sus vestiduras un puñal le dijo:

—Nuestra suerte está decidida. Si no quieres la deshonra de quien se honró siendo tu esposa, muere como yo muero.

Y rasgando las ropas sepultó en su pecho el puñal.

Haciendo despues un doloroso esfuerzo, sacó el arma fatal, y entregándosela á Pæto, le dijo:

—Toma; esto no hace mal.

Pæto siguió el ejemplo de su esposa.

IV.

Cuando los soldados del Emperador entraron en la prision, retrocedieron aterrorizados viendo los cadáveres de Arria y Pæto.

Claudio no pudo nunca desechar de su imaginación el recuerdo de aquel acto de sublime he-

(1) *Canseco*.—Diccionario de Mujeres célebres.

roismo.—Siempre fué fatídica sombra de su sueño la muerte de la noble, de la hermosa, de la esforzada Arria.

CARLOS FRONTEIRA.

MODAS.

El veranillo de San Martín es un delicioso parentesis de la naturaleza entre el otoño y el invierno, bajo el azulado cielo de la capital de España. Su hermoso sol que luce sin celajes, y que comunica á la atmósfera una apacible temperatura, permite á las bellas hijas del Manzanares lucir sus gracias en el Retiro con la elegancia y la frescura de la primavera en sus lindos rostros, con la majestad y riqueza del invierno en sus suntuosos trajes. Y por cierto que si la naturaleza se muestra pródiga con sus últimas galas, la elegancia y la belleza no le van en zaga, ostentando una variedad, un buen gusto en su toilette, de que no hay ejemplo en los fastos de la Moda. Nuestras hermosas, felices adeptas de esta Deidad, han conseguido destronarla, porque tal es la variedad, tal la coquetería en los trajes y adornos, que nosotros preguntáramos á cada una de nuestras lectoras, ¿cuál es la Moda? Apuradillas se encontrarían para respondernos. Nosotras, fieles cronistas de la voluble diosa, que seguimos paso á paso su inconstante marcha, no sabríamos qué contestar.

Lo cierto es que estamos en pleno invierno, no el invierno viejo y triste, con sus nieves, hielos y vientos, sino el invierno joven, elegante y lujoso, con sus vistosos trajes de paseo, con las aéreas y aristocráticas galas de baile. Este invierno que tiene todos los hábitos de lo cómodo y confortable, parece adoptar las modas rusas. Las elegantes principian á guarnecer de pieles sus abrigos, y adoptar en ellos la forma ancha y larga. No negamos que para personas jóvenes son muy graciosos los ajustados, pero tienen ciertas pretensiones, que parecen querer hacernos esclamar:—¡Qué talle tan mono! El abrigo ancho, por el contrario, da á la mujer un continente mas digno, mas modesto. Las mangas anchas les dan tambien un sello escepcional, alargando el talle con un efecto distinguido.

El abrigo llamado *Eva*, cuyo patron dimos en el número anterior, pertenece á este género: es

de paño, como dijimos, y nos parece escusado repetir sus detalles. Con este traje va muy bien un vestido de seda, verde, con florecitas de terciopelo negro, y por complemento un sombrero de terciopelo verde, cuya ala forma una especie de aureola, y va cubierta con un velete de blonda blanca, puesto sin fruncir, y que cae por delante hasta el nacimiento del pelo: el bavolet lleva tambien dos guarniciones de blonda blanca; las plumas y cintas son verdes.

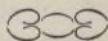
La otra figura, que representa el figurin que repartimos hoy á las suscriptoras á dos figurines, lleva una chaqueta ó *basquine*, de terciopelo negro, cerrada y abotonada completamente por delante, y formando á cada lado una como vuelta, muy ancha, que viene desde el hombro hasta el talle, haciendo berta redonda por detrás: este adorno es á ondas, y en cada una de estas y en los ángulos que forma, se coloca un boton de seda. La manga tiene dos partes, la una alta y ajustada, que es como una manga corta, y la otra que se cose debajo es larga, y muy ancha de abajo. El abrigo que va todo galoneado con una cinta, puesta á caballo, figura tanto por detrás como por delante, un rendigote de hombre, pero con mucho vuelo en su larga aldeta.

El vestido correspondiente á este traje es de seda, color de pensamiento, con anchas tiras á los lados de terciopelo negro. El delantero de la falda se compone de un ancho y medio; este último va festoneado en ondas, como la chaqueta, y se abotona sobre la tira de terciopelo, que á su vez hace lo mismo sobre el paño de atrás de la falda. La tira de terciopelo debe tener 16 ó 18 centímetros en el talle, y 22 en el bajo.

El sombrero es de raso morado, con cintas iguales, y adornos de blonda y terciopelo negro.

Hemos hablado largamente en nuestras anteriores revistas de las telas para vestidos en general, por lo que y por la infinita variedad que vemos en ellas, renunciamos á nuevos detalles por ahora. Dirémos, sin embargo, que las telas con listas transversales de terciopelo, sobre fondo de diferente color, y las de ricas disposiciones con volantes brochados, son las mas en favor entre la aristocracia femenina.

AURORA PEREZ MIRON.



LABORES.

*REDONDO de crochet.*

Se principia por hacer una cadeneta de ocho puntos, y se reúne el primero al último para trabajar sobre ellos en redondo.

2.^a *Vuelta*.—Toda de puntos dobles, haciendo dos puntos en cada uno de la vuelta primera, por lo que resultan en esta diez y seis puntos.

3.^a—Una barra.—Cinco puntos sencillos, se repite ocho veces, dejando entre cada barra un punto de la vuelta anterior.

4.^a—Una barra sobre la barra de la vuelta anterior.—Trece puntos sencillos.—Una barra sobre la siguiente, y siempre así.

5.^a—Un punto doble, en el punto de en medio de los trece de la vuelta anterior.—Nueve puntos sencillos.—Uno doble en el de en medio de los trece siguientes.

6.^a—Toda de barras, aumentando 25, á mas de las que van una en cada punto de la vuelta precedente, de modo que en esta resultan 105 puntos. Este aumento debe estar proporcionadamente repartido: es decir, que deben hacerse nueve barras, una en cada punto, dos juntas en el décimo, y siempre de este modo.

7.^a—Tres barras sobre las tres primeras—Tres puntos sencillos.—Otras tres barras sobre el sexto, séptimo y octavo, y se continúa así, dejando dos puntos de la vuelta anterior entre cada tres barras.

8.^a—Un punto doble sobre cada uno de la vuelta anterior, y quedan en esta vuelta 126 puntos.

9.^a—Diez puntos lisos, *1 barra, 10 ps. lis., 12 barras seguidas, 10 ps. lis., y se repite desde la señal.*

10.—Doce ps. lis., *3 barras sobre la una sola de la vuelta anterior, 12 ps. lis., 8 barras en las ocho del centro de las doce de la vuelta anterior, 12 ps. lis., y se vuelve desde la señal.*

11.—Trece ps. lis., *1 barra en el punto que antecede á las tres de la vuelta anterior, 1 barra sobre cada una de las tres, otra en el punto inmediato, 13 ps. lis., 6 barras sobre las seis del centro de la vuelta anterior, 13 ps. lis., y se repite desde la señal.*

12.—Catorce ps. lis., *1 barra, 5 lis., 1 barra, 5 lis., 1 barra, 14 ps. lis., 4 barras en las que forman el centro de las seis de la vuelta anterior, 14 ps. lis., y se repite desde la señal.*

Concluido este redondo, se hacen separadamente las cuatro rositas del modo siguiente:

Cuatro puntos de cadeneta, unido el primero al último.

2.^a *Vuelta*.—Tres ps. lis., 1 barra: se repite cuatro veces.

3.^a *Vuelta*.—*Seis ps. lis., 1 p. doble, dejando uno por medio de la vuelta anterior; 3 ps. dobles, y se repite desde la señal.*

4.^a y última *vuelta*.—Cubrir de barras todas las presillas que en la vuelta anterior se hicieron.

Estas rosas se fijan en el círculo á distancias iguales por medio de algunos puntos de *crochet*, y despues se hacen las vueltas que entre ellas hay, como marca el dibujo, volviendo la labor del revés, y del derecho al llegar á la rosa inmediata, pues no se hace de cada vez sino el espacio que media entre ambas. Cubiertos los cuatro espacios, se hace la última vuelta toda de presillas al aire, de este modo: Se principia desde una rosa, y se hacen *10 ps. lis., y se sujeta á la vuelta anterior con un punto doble, 5 lisos, una conchita, que se ejecuta pasando el hilo en la vuelta anterior, y dándole toda la estension necesaria, 5 ps. lis., y se sujeta con un punto doble, 10 ps. lis., 1 p. d., 5 ps. lis., una conchita, 5 ps. lis., 1 p. d., 10 ps. lis., 1 p. d., 5 ps. lis., una concha, 5 ps. lis., 1 p. d., 10 ps. lis., 1 p. doble, 10 ps. lis., y se repite desde la señal * cuatro veces en la vuelta.

Este lindísimo redondo puede servir para un almohadon, ó hasta para un velador pequeño, haciéndole con estambre; en cuyo caso podrán hacerse azules la estrella del centro y las rosas, todas las demas vueltas negras ó aplomadas, y la última azul ó blanca. Haciéndole con algodón de Irlanda fino, es una linda cubierta de acerico.

PUNTILLA ó fleco de crochet.

Esta bonita puntilla, que hecha con algodón fino, es un adorno para cortinas y otros mil objetos; puede hacerse en seda, y resulta un fleco ó agreman, para adornar un abrigo, manteleta, etc.

Se hace del modo siguiente:

1.^a *Vuelta*.—Una cadeneta tan larga como haya de ser la puntilla.

2.^a—Toda de puntos dobles, uno en cada punto de la anterior.

3.^a—Una barra, 1 p. lis., 1 barra, 1 p. lis., lo mismo toda la vuelta.

4.^a—Una barra, 1 p. lis., 1 barra, 1 p. lis., teniendo cuidado de *contrariar* estas barras con las de la vuelta anterior.

5.^a—*Seis barras separadas por un punto sencillo entre si, y contrariadas como las de la vuelta anterior, 7 ps. lis.; se vuelve á la señal *, colocando la primera barra tres puntos mas allá de la última que se hizo.

6.^a—*Cinco barras separadas por un punto sencillo, y siempre entre las de la vuelta anterior, 11 ps. lis., y se vuelve á la señal.*

7.^a—*Un punto doble sobre el primero de los sencillos de la vuelta anterior, 1 p. lis., 1 p. d., 1 p. lis., 1 p. d., 1 p. lis., 1 p. d., 12 ps. d. en los 11 lis. de la vuelta anterior, colocando el que sobra para los doce en la mitad, que es donde ha de formar el pico. Se repite desde la señal.*

8.^a—*Cinco ps. lis., 1 barra, 5 ps. lis., 14 puntos dobles sobre los once de la vuelta anterior, dejando la demasia en el centro. Se repite desde la señal.*

9.^a—*Un punto doble sobre el cuarto punto de los sencillos, 1 p. lis., 1 p. d., 1 p. lis., 1 p. d., 16 ps. lis. ó sencillos, y se vuelve.*

10.—Toda de puntos dobles, haciendo siempre dos puntos en el de en medio de los diez y seis.

11.—Toda de puntos dobles, como la anterior, solo que para formar la almendrita, colocada entre cada pico, se hacen once puntos sencillos, y se sujeta esta presilla á la vuelta anterior por un punto sencillo hecho en el siguiente del en que se empezaron los once puntos, y se repite esta misma presilla entre cada pico cuatro veces.

12.—*Cinco puntos dobles bajo las presillas que forman la almendra, veinte puntos sencillos, y se repite desde la señal.*

13.—Toda de puntos dobles, siempre con el aumento en el centro del pico.

14.—Toda de puntos dobles sobre los de la vuelta anterior, y entre cada pico se forma una almendra como la anterior, sujeta á ella misma.

Para las borlas, que penden de las almendras, no hay mas que cortar diez ó doce cabos de un largo proporcionado, y por su mitad rodearlos con una hebra larga: luego se doblan por ese mismo sitio, y á poca distancia del dobléz se rodean con otro cabo para hacerles la cabecita, y terminada se unen por dos puntos de *crochet* á sus respectivas almendras entre los picos. Estas borlas deben ser hechas de la misma clase de seda que la puntilla, ó del mismo algodón, si fuese de esta materia.

ESPLICACION

del pliego de dibujos que se repartió con el Número del día 8 del corriente.

Núm. 1. *Toquilla* de punto de malla, con ramo bordado en sedas, para adorno de cabeza.

Núm. 2. *Zapatilla* en cachemir ó merino, bordada de trencilla.

Núm. 3. *Esquina de pañuelo*, bordada al pasado y feston.

Núm. 4. *Esquina de pañuelo*, bordada á feston y realce.

Núm. 5. *Tira* bordada á realce: las hojas del ramo superior corresponden á la figura que con el núm. 5 hace referencia el artículo último de bordados en blanco, dado en 30 de Setiembre.

Núm. 6. *Guarnición* bordada á feston y realce; tambien el ramo de esta se refiere al mismo artículo de bordados que el anterior, con el número 6.

Núm. 7. *Toquilla* para abrigo de cabeza, ó salida de teatro. Esta labor se ejecuta á *crochet*.

Núm.^s 8, 9, 10 y 11. *Letras é iniciales*: bordado á realce.

DE LOS BORDADOS EN BLANCO.

DEL BORDADO AL PASADO.

(Continuacion.)

IX.

La florecita de la *fig. 8.^a* de nuestro grabado, aunque parece sencilla, y lo es en efecto, requiere algun cuidado, y para sacarla con perfeccion se debe principiar por el cáliz; es decir, por la parte que tiene las tres hojas: se trazará luego el contorno de la hoja de uno de los lados, teniendo cuidado de marcar con exactitud la ondulacion del borde superior, y despues de rellena la mitad de la hoja hasta la vena, principia á bordarse en el sentido que indica la rayita colocada á ese efecto: sobre el primer punto se harán otros dos en las mismas picaduras, y los tres hechos, por decirlo así, uno sobre otro, se aprietan, y producen una débil curva, que perfecciona la pequeña ondulacion: despues se rellena la otra media hoja, y se hacen otros tres puntos iguales en la parte superior: el resto no tiene necesidad de explicacion. Conviene advertir, sin embargo, que al rellenar el segundo lado de la hoja, debe llegarse por la parte superior hasta debajo de los tres primeros puntos del primer lado, como se explicó anteriormente.

Terminada la flor, las hojas y la estrellita no ofrecen dificultad alguna.

La hoja de la *fig. 3.^a* se ejecuta con muy poca diferencia por las reglas ya dadas para la palma, señalada con el núm. 5; se principia por el pico que marca la estremidad de la hoja, y despues se bordan los picos de uno de los lados (si se borda de izquierda á derecha, el lado superior que tiene tres picos es el que debe hacerse primero) siempre cui-

dando que los puntos por el lado de la membrana estén ligeramente inclinados hácia arriba, para que puedan unirse con facilidad con los de la otra parte lateral. Quizá no será inútil advertir, que no se debe bordar de cada vez sino una parte de las tres en que está dividida la hoja, y como la primera debe ser la del centro, se hace el último pico y el espacio que hay debajo de él hasta llegar al nivel de la cortadura que divide la hoja en otras dos partes, en cuyo sitio vuelve á principiarse por el pico de la punta, haciendo despues como ya se ha dicho, los otros dos picos que forman la parte inferior, y por último, la intermedia. La otra mitad de la hoja se ejecuta como la primera, cuidando de hacer antes el trozo mas inmediato á los terminados ya, empezando siempre en esta parte como en las demas, por la punta. Fácilmente se explica esta diferencia si se recuerda que debe evitarse todo lo posible bordar al lado de una parte ya terminada.

En los dibujos de este género es preciso tener un especial cuidado de observar al principiar cada pico, ó cada parte del dibujo, en qué sentido deben ir inclinados los puntos, pues sino se ofrecerian inconvenientes para colocarlos todos en su verdadero lugar, y desde el primero deben ocupar su sitio, que es el solo medio de obtener la perfeccion deseada.

X.

Cuando las venas de una hoja no son muy finas, necesitan dos líneas de trazado, y se hacen á *cordoncillo*, tales son las de la hoja de la *fig. 9.^a*, que deben hacerse de este modo, procurando adelgazar el cordoncillo en las estremidades cuanto sea posible. Despues de haber marcado exactamente al trazarla todos los contornos, se rellena la parte superior, desde la conclusion de la membrana hasta la punta, y lo mismo por ambos lados y entre las pequeñas venas, bordando luego en el sentido que indican las rayitas, y teniendo cuidado de las reglas que se dieron para las ondulaciones.

La bellota de esta misma figura es fácil:

la doble línea que la divide en dos, se cordona, y la parte superior se cubre de *nuditos* (de estos se tratará mas adelante); si no se quiere marcar el contorno por un cordoncillo, es preciso que le marque una línea de nuditos muy unidos, pero de modo que queden muy distintos. La otra parte de la bellota debe tener mucho relieve, como tambien el tronco que sostiene la bellota y la hoja.

En cuanto á las *fig. 10 y 11*, basta observar de qué modo están dibujadas para comprender cómo deben hacerse: por las rayitas se vé que la *fig. 11* puede ejecutarse de dos maneras.

XI.

Las rosas son quizá una de las mayores dificultades de esta clase de bordado. La *figura 12* presenta una rosa muy doble, y para sacarla con perfeccion debe principiarse por una de las dos hojas del centro, marcadas con una cruz; la de la derecha ó de la izquierda, segun del lado que se borde. Se hace primero ese orden de hojas, despues el inmediato, y así sucesivamente, hasta concluir por las exteriores.

Es necesario que cada hoja, de las muchas que tiene una rosa, quede clara y distinta, y no se confundan unas con otras, lo cual es bastante difícil: para lograrlo se deben juntar mucho los puntos en la parte inferior de las hojas, y de este modo podrán hacerse en ambos extremos algunas puntadas tendidas, que resultarán por su oposicion separadas de las de la hoja inmediata, que estarán rectas. Las rayitas del dibujo hacen comprender esta esplicacion, y por ellas mismas se observará que en medio de las hojas los puntos están completamente rectos. El corazon de las rosas se rellena de puntos ó nuditos.

El capullo no ofrece tantas dificultades: deben bordarse primero á cordoncillo las espinas, adelgazándolas cuanto posible sea á la punta, y luego se rellena y borda el tallo, el que debe tener mucho relieve. Las hojas de rosa se hacen como todas las hojas recortadas de que hemos hablado, cuidando que

los picos queden muy agudos, para lo cual se recordará lo que se ha dicho sobre el modo de ejecutarlas.

XII.

El lazo de la *fig. 13*, si bien no ofrece grandes dificultades habiendo bordado los anteriores modelos, es preciso hacerle con bastante cuidado, para que quede bien marcado el nudo y las diferentes vueltas que tiene la cinta, que es el principal mérito de esta figura. Ante todo, ha de estar perfectamente trazado, sin confundir cuando la cinta figura quedar debajo, cuando encima. Por ejemplo, en la caída *a* se sigue sin interrupcion hasta la punta el cordoncillo fino que marca ambas orillas; y en la caída *b* es preciso al hacer los cordoncillos destacarlos de los de la otra caída en el sitio en que se cruzan las cintas, y marcar el efecto de una debajo de la otra: en esta misma caída el cordoncillo fino baja por una orilla hasta cerca de la punta, donde se confunde con el cordoncillo ancho que figura la otra cara de la cinta, el que se habrá principiado un poquito mas arriba de donde concluye el anterior. Tanto el principio del uno como la conclusion del otro, deben ser meramente finos para que quede con naturalidad la vuelta. La otra orilla es bastante mas fácil, pues el cordoncillo fino y el ancho se confunden debajo de la otra cinta. Estas mismas esplicaciones sirven para las vueltas de las lazadas, aunque la señora que sepa dibujar no tiene necesidad de ninguna de ellas.

El nudo no necesita tampoco esplicacion, pues no hay mas que seguir exactamente el dibujo, y bordarle de cordoncillo ancho en dos partes. La cinta está bordada por un lado de dos cordoncillos anchos, y otros finos atravesados, y por el otro de dos finos á las orillas, y en el centro punto de *armas*.

(Se continuará.)

Nota Las figuras citadas se encontrarán en el pliego de dibujos del 8 de Diciembre.